

LA SOLEDAD DEL PROFESOR.

Heraldo de Aragón. Miércoles 8 de febrero de 2006

La escuela, y en ella el profesor, se siente sola, aislada, pues la situación actual no erosiona solamente a la escuela, sino, sobre todo, al que tiene la responsabilidad de enseñar, que siente que se le exige todo. **Por Pilar de la Vega.**

LA SEMANA pasada, encontré encima de la mesa de la sala de profesores de mi instituto unas fotocopias de un periódico de información nacional. Estaban en el tablón, donde aparecen las actividades o noticias que los profesores debemos conocer. Todavía me sorprendió más ver las mismas fotocopias, en la mesa de la sala de los profesores de guardia.

¿Cuál era el contenido de esta información, que tanto impactó a mis compañeros? El periódico daba cuenta de un estudio del Departamento de Sociología del Universidad del País Vaco sobre la realidad escolar y la transmisión de valores. La conclusión de dicho estudio era la soledad en la que vive el colegio, convertido en el destino último de todos los males que aquejan a la sociedad. Ellos titulaban la información: "La soledad de la escuela".

La mayoría de los profesores consideran que uno de los cambios más importantes de la LOGSE ha sido la escolaridad obligatoria para todos los alumnos hasta los 16 años. Ello significaba la extensión y democratización de la educación durante dos años más.

El problema ha sido la falta de suficientes recursos económicos a la hora de aplicar la Ley. La dificultad mayor ha estado y está en la etapa de educación secundaria. En ella se apostó por la atención a la diversidad, potenciando la optatividad. A los alumnos en esta etapa, de los 11 a los 16 años, les corresponde la fase evolutiva de la pubertad y adolescencia. Se encuentran en pleno desarrollo físico y social, y es cuando se produce un mayor índice de problemas de convivencia escolar.

La escuela, y en ella el profesor, se sienten solos, aislados, como en una burbuja. Creemos que lo que enseñamos en ella no corresponde con las pautas y los valores de fuera. Los estudiantes notan que lo que funciona en la sociedad no es lo que enseñamos. Ellos adquieren un conocimiento de la sociedad en la que viven, a través de la televisión e internet, y allí conocen comportamientos, conductas, valores... representados en personajes que han conseguido triunfar y tienen reconocimiento social. Estas series televisivas son motivo de conversación, por lo que su conocimiento y visión son necesarias para la relación a inserción en el grupo. Es un discurso que lleva a resaltar los valores y formas de actuar en las que el fuerte somete al débil e indefenso, en que para triunfar hay que saber hacer dinero fácil, en la que los ricos lo consiguen todo y son felices, y los pobres y débiles sufren y son dominados.

De aquí que en vez de hablar de la soledad de la escuela, yo hablaría de la soledad del profesor. Pues esta situación no erosiona sólo a la escuela, sino, sobre todo, al que tiene la responsabilidad de enseñar, al profesor. No deben por ello sorprendernos las estadísticas, que ponen de manifiesto el alto número de profesores que corren el

riesgo de padecer depresiones, o que toman tranquilizantes. Sienten que a la escuela se le exige todo. Siempre se busca como solución para arreglar todos los males que aquejan nuestra sociedad. **Algunos padres delegan en el profesorado comportamientos y actitudes que son más propios de la familia.**

Es necesario comprender que la familia es la principal responsable de la educación de sus hijos y de su formación en valores. Los padres deben facilitar el proceso de socialización de sus hijos y educarles para la convivencia, autonomía y responsabilidad.

El clima familiar y el trato que han recibido durante su niñez es determinante en su conducta y en su forma de relación con sus semejantes. Su papel es clave a la hora de conocer y aprender las reglas y normas por las que se rigen las relaciones humanas. Los valores que el niño o joven aprende en su casa resultan más determinantes que los que enseñamos en el centro educativo. Su desconocimiento y aprendizaje genera en la edad adulta, en la mayoría de los casos, conductas no deseadas. Los profesores en la escuela deben desarrollar una función complementaria a la actividad formativa de la familia, pero no pueden ni sustituirla ni reemplazarla, como se pretende en estos últimos años.

Si queremos que la escuela concilie conceptos aparentemente opuestos: educación e instrucción; satisfacción (el profesor debe de ser capaz de entusiasmar a sus alumnos) y esfuerzo; espontaneidad (los alumnos, ahora, son más activos, preguntones, revoltosos, más difíciles de llevar en una aula) y planificación, no podemos dejarla sola, ni a ella ni al profesor.

Para ello, la familia, los medios de comunicación, las instituciones públicas deben inculcar juntos los mismos valores de solidaridad, de respeto hacia los otros y hacia las minorías, de igualdad entre sexos, de hábitos de trabajo, de compromiso con las obligaciones adquiridas, de respeto a las normas. Apostar por la escuela es fruto de la convicción liberal sobre la igualdad de todas las personas ante la Ley. Democracia y Educación van de la mano.